



ANDREA AGUILAR FORERO

Estudiante de Castellano y Literatura, Universidad de Nariño.

ALREDEDOR DE LA MESA

Cristal camina hacia la puerta con su putifalda negra, hoy por ser noche de naipes no se puso calzones. La mesa redonda da vueltas en torno a los invitados, que han llegado con puntualidad de caballero a la apología de los pecados capitales en las noches de juego.

Cristal manosea el as de corazón, al rey y la reina de picas negras, con esos mismos dedos que ya han acariciado los huéspedes que vuelven deseosos al mismo lecho donde hoy están jugando cartas. Ostentosamente, se derrochan las apuestas que al contacto con la madera se estremecen.

Homero lanza al cadalso la primera carta que ya empezaba a bailar en la mano. Siempre se supo que a este personaje de corbatín violeta, le gustaba el sentimentalismo y la cursilería, hasta llegaba con flores para amenizar la partida. Esa vez lloró. Tenía un pipi chiquito y desgraciado que no por mucho se escapaba de ser repulsivo; se lo sacó del pantalón de lino minuciosamente y con manos sudorosas supo qué hacer, ni su complejo de caballero que siempre le sirvió de máscara le cubrió el rostro estando ya recostado en la mesa.

María lanza y sube la apuesta. A leguas se veía que era caliente, fue de sus mejores amantes, esa noche el terciopelo de su lengua le vistió el cuerpo a la anfitriona. Tenía una obsesión con las nalgas de Cristal, no le acomplejaba mirárselas como lo hacen los hombres cuando caminaba.

Saúl dobla la apuesta. Este sí que fue peculiar, era un hombre arrogante y soberbio el mayor pecado fue satisfacer su placer de alabarle y servirle, no quería nada, y se contentó con rechazar a las piernas de la dama aun después de haberle visto la tanga de encaje que ensamblaba una perfecta sincronía con sus bajas arandelas.

Lucas gana la partida. Los invitados se jactan de los vinos y manjares de la mansión, se rascan las barrigas satisfechos del juego y se marchan.

La mesa estaba en el salón más lujoso de la casa, junto a la cava de vinos. A Cristal le gustaba el reflejo de los jugadores con el rojo sangre del vino porque así y sólo así se podían ver con claridad los rostros lúbricos de las bestias. El licor muestra sin prejuicios la carne.

Cristal no repetía bragas, era casi un pacto, odiaba compartir la misma tela que tocó a su amante con su renovado monte de Venus, sólo tiraba la prenda y ya, cuando estaba más creativa simplemente no se ponía nada y la dejaba al aire libre.





Aunque los amantes nunca tuvieron un orden concreto, Lucas fue el último de ese cadáver exquisito. La mesa deja entonces de ser para las cartas, el juego ahora tenía distintas reglas. Tal como se lo había imaginado, Lucas saboreaba y galopaba en las cuatro patas de madera.

Cristal goza de esa vista perfecta, el panorama se vuelve impresionante, empieza a tomar vida una obra maestra en el lienzo que antes era una botella de vino, es tan sublime que no merece ser vista por más ojos, debe terminar de una noble manera la perla de su arte. Cristal toma el lienzo esbelto y apuñala el cuello del retrato de su pintura.

Ahora sí la sangre mostraba el lado oscuro del que sólo fueron testigos las butacas, donde se sentaron otros amores ya retratados alrededor de la mesa.

SEMILLA EXILIADA

Despertó, y otra vez la sangre, corrió al baño y se miró con asco en el espejo, incapaz de detener los acantilados de feminidad, de vida, de vehemente calor. Un dolor agudo en el vientre bajo, le recordó días y noches pasadas, horas en las que sonrojada y satisfecha agarraba los minutos como si les fuese inevitable seguir su curso, y así no pasaran, ni corrieran, y su débil cuerpo se estremeciera en los brazos ajenos de quien la sintió crujir como hoja seca a la deriva de huellas pesadísimas, tibia, bajo múltiples pliegues de piel blanca y mojada, víctima de la excitación de los poros.

Detalla su silueta que aunque redonda, yace vacía, con las corneas duras, impermeables, alérgicas al llanto que forzado vacila un escape veloz por la oreja y cae frustrado en forma de mueca en sus labios, más, su reflejo que se despide y llora lágrimas espesas que nadie nota cuando camina por las calles y carreras, pero que siente en la humedad de su dermis más sensible, esa que se bifurca en los muslos y únicamente exhibe su andar, dejando la fragancia que generosamente riegan las hormonas.

Respira con fuerza y aprieta los puños, el cabello le cae a la cara y le ofrece oportuno un halo de debilidad que nadie vería, el cual rechaza, pues no puede, no debe ceder. Sabe que muchas veces los adioses son definitivos y ésta es una de ellas, no es momento de culpar a nadie, ni a eso que se hace con el danzar de las ingles pero no se dice; y corren pierna abajo sus mentiras.

Entra a la ducha y desnuda, observa el óvulo que una vez fue vida, advierte cómo se va por la rejilla plateada, que no valora el elixir fértil que lo recorre y finge tranquilidad, finge no hacer algo malo, finge no arrepentirse del crimen, y ser incapaz de recibir el regalo más valioso que alguien un día jugando a los universos y a la creación supo darle, ese don que se sembraría en su vientre lleno de trigo y miel exacto, para quien pudo haber sido él o ella.

